

midable resultado de la pérdida de aquella inefable armonía en que el mundo estaba sujeto al hombre, las pasiones á la voluntad y á la razón, y la razón y la voluntad á Dios. Quebrantóse el primer eslabón de esa cadena de oro, el hombre se rebeló contra Dios y las pasiones se levantaron contra la razón, y el mundo entero se alzó y se puso en combate con el hombre. Faltó la ley de armonía y la sucedió la ley de lucha; ley que se presenta bajo mil formas diferentes según lo son los objetos sobre que versa; ley de que no se exime ningún período de la vida, á que está sujeta la infancia como la adolescencia, la juventud como la vejez; ley indeclinable al fuerte como al débil, al rico como al pobre, al magnate como al pequeño, al sabio como al ignorante, al monarca más poderoso como al más ínfimo de sus vasallos.

Échase de ver por ahí la profunda sabiduría y la verdad entrañadas por el cristianismo, por esa religión divina que en las primeras palabras que dice al hombre le intima la existencia de esta ley; que la vida del hombre es una milicia sobre la tierra; que le predica incesantemente la vanidad de sus esfuerzos para sustraerse á las terribles consecuencias de la maldición del Criador; que endereza todos sus trabajos á restablecer por medio de la gracia la armonía perdida por la culpa; que en la abnegación cristiana, en la sujeción de las pasiones á una voluntad ilustrada por la razón y por la fe, y dirigida y movida por la gracia, en la sumisión del entendimiento á la revelación divina, en la conformidad de la voluntad humana á la voluntad de Dios, en ese admirable conjunto que nos presenta realizado en sus grandes santos, muestra el sublime tipo de lo que el hombre debe ser, de lo que fuera un día antes que entrase el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte. Tipo sublime, repetimos, que nos trae á la memoria lo que fuimos en Edén, pero con las señales de la tremenda expiación, con la sangre que brota de los golpes descargados por la cólera divina: todo conforme al segundo Adán, al Hijo del hombre que carga-

do con nuestros pecados, y conducido á morir por la salud de los hombres, se dirigió cual manso cordero á la cima del Gólgota á consumir la más terrible de las expiaciones.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

EL INDIFERENTISMO.

Disputas religiosas... con esta palabra pronunciada con énfasis, y con cierto aire de indiferencia ó desprecio, se eluden á menudo gravísimas cuestiones, y se pasa por encima de las materias más dignas de veneración y acatamiento; *Disputas religiosas...* con esta expresión se desdeñan ciertos hombres de atender siquiera á puntos de la más alta trascendencia, y relegan á las *escuelas de los teólogos* lo que hay de más elevado é importante en la tierra y en el cielo; *Disputas religiosas...* con esta fórmula se pertrechan los que atormentados por los remordimientos de su conciencia, se sienten llamados á examinar lo que ellos no quisieran ni aun recordar; *Disputas religiosas...* con esta solución tan sencilla, y sobre todo tan cómoda, responden los enemigos de la religión á los argumentos con que los estrechan los hombres amantes de la verdad, cual si fueran vanas sutilezas las razones más concluyentes; *Disputas religiosas...* con este maligno tema procuran los incrédulos presentar como de poco valer todo lo que han dicho en pro de la religión sus más ilustres apologistas, é indicar á los pueblos que nada les interesa cuanto en este sentido se exponga; *Disputas religiosas...* con esta frase cubren sus intenciones los gobiernos impíos que procuran desvirtuar ó destruir la religión, y desean per-

suadir á sus gobernados que las intrusiones más sacrílegas no son más que el ejercicio de una prerrogativa del poder para mezclarse en una cuestión de dogma, ni más ni menos que si se tratase de restablecer el orden en una escuela de sofistas que altercan sin entenderse; *Disputas religiosas...* con este velo encubren su escepticismo ó impiedad aquellos falsos hombres de Estado, aquellos filósofos superiores que desde su elevada cátedra fallan con tono magistral y decisivo, sobre las creencias de los pueblos como sobre juguetes de niños; que someten á su juicio todas las religiones, sin exceptuar ninguna; es decir, que llaman á Dios á su tribunal, condenándole ó absolviéndole, trazándole el camino que ha de seguir y los peligros que debe evitar, señalando límites á la sabiduría infinita, y cercenando el poder á la Omnipotencia.

No negamos que el hombre pueda caer en abusos en las disputas religiosas como le acontece en otras materias; pero no podemos consentir que el abuso destierre el uso, y que se gradúe como de poca importancia lo que la tiene inmensa. En efecto; ¿de qué se trata en las discusiones religiosas? ¿El objeto de la controversia es acaso de poca entidad, ó de pequeño interés para los mortales? Entrad en este linaje de cuestiones, acercaos siquiera al linde del palenque donde se agitan, y lo primero que se os ofrece es la existencia de Dios, la creación del hombre, su origen y destino, su felicidad ó desdicha, su inmortalidad ó su nada. Quien sostenga pues que las discusiones religiosas carecen de importancia, que no merecen la pena que de ellas nos ocupemos, sostiene también que nada importa saber si Dios existe ó no, si el mundo es creado por un ser inteligente é infinito ó si es efecto de la casualidad, si el hombre tiene un alma espiritual ó si sus pensamientos y voluntades son un simple resultado de la organización, si hemos de existir para siempre en otra vida ó si hemos de hundirnos en la nada. Por cierto que Dios, el hombre, la eternidad, son cosas de que no podemos desentendernos sin rayar en la demencia, sin negarnos á

nosotros mismos, sin abdicar nuestra inclinación vehemente, irresistible, que nos fuerza á vivir ansiosos de nuestra propia suerte, que nos impele á investigar lo que somos, de dónde salimos y á dónde vamos.

Si alguien hubiese con el privilegio de no morir, con entera seguridad de pasar en la presente vida una existencia sin fin, en este sería menos irracional el descuidar completamente la averiguación de estas verdades, el contentarse con lo que es y con lo que tiene, sin pensar en el ser de quien lo ha recibido; pero nadie puede lisonjearse de semejante seguridad; hay al contrario la certeza de un término cercano, el sueño más ligero no pasa más presto que nuestra existencia sobre la tierra. Sea cual fuere el plazo más ó menos dilatado que se nos ha concedido, es indudable que dentro un número muy reducido de años, no viviremos aquí; para nosotros estarán ya resueltos prácticamente los formidables problemas de nuestro destino: ó la nada, ó el fallo de un supremo Juez. Verdad tan pavorosa, como cierta, como indeclinable: en vano nos esforzamos en olvidarla, en vano nos sustraemos á su memoria, en vano intentamos atenuar con fútiles reflexiones todo lo que encierra de terrible, de espantoso: no hay medio, ó la nada ó el fallo de un supremo Juez. Cavílese cuanto se quiera; imagínense subterfugios, la verdad está ahí; no hay camino para eludirla; supuesto que existimos, nos es forzoso someternos á esta necesidad. Vendrá el día en que nuestro cuerpo se disolverá, vendrá un momento en que se dirá, *ya expiró*, y entonces, en aquel instante mismo, se realizará para nosotros uno de los extremos de la formidable alternativa. Entonces si suponemos el imposible de ser reducido á la nada este ser que piensa, quiere y siente, si suponemos que no siendo más que el resultado de la organización material, deje de existir tan pronto como la muerte lleve á la materia la descomposición, ya ni sentirá, ni querrá, ni pensará: un sueño profundo en que yacemos en la más completa insensibilidad, puede apenas suministrarnos una idea de aquel no ser, de

aquella nada á que estaremos reducidos. Pero si al contrario existe un Dios premiador de la virtud y castigador de la maldad, si nuestra alma sobrevive al cuerpo y está destinada á ser inmortal, entonces en aquel mismo instante en que los allegados contemplarán afligidos nuestros restos, se habrá presentado á nuestros ojos, en toda su desnudez, en todo su horror la tremenda verdad. A pocos pasos de nuestro lecho de muerte estará ese hombre á quien no hemos querido escuchar, esos libros que hemos dejado de consultar; éstos y aquél hubieran disipado nuestras dudas, ó nos habrían auxiliado para alcanzar aquella luz que no falta jamás á los que la buscan con voluntad sincera y decidida. Espanto causa el fijar la consideración sobre aquel formidable trance; los cabellos se erizan, la sangre se hiela en el corazón.

¿Y no es esto lo que acontece á muchos indiferentes al mirar cercano el momento fatal? ¿no desfallecen la mayor parte de ellos, si es que la enfermedad no embarga ó embota notablemente sus facultades mentales? Mientras el peligro es remoto ó nos lo parece, mientras el vigor de las fuerzas ó la lozanía de la juventud nos están alimentando con esperanzas de larga vida, apartamos la consideración del riesgo que corremos y procuramos distraernos con vanas ilusiones; pero cuando una muerte inminente nos avisa de la proximidad de nuestro fin, cuando nos hallamos al borde del abismo á que hemos caminado desde el principio de nuestra existencia, abocados á esa profunda sima que nos ha de tragar, entonces se presenta á nuestra vista con toda claridad, con viva lucidez lo insensato de nuestra negligencia; y mientras el frío sudor baña la frente del moribundo, le late sobresaltado el corazón con el horrible azar á que se abandona con ceguedad inconcebible, con el horrible azar cuyos resultados habrá experimentado dentro breves instantes.

El indiferentismo aplicado á la conducta es insensato, pero erigido en sistema es absurdo; porque si es el colmo de la insensatez el marchar con los ojos vendados hacia

un porvenir que no se conoce, es el mayor de los absurdos el sustentar que semejante proceder sea razonable. Y por razonable lo defienden cuantos se empeñan en persuadir que el hombre no debe curarse de la religión, ni investigar si hay alguna verdadera, ni cuál esta sea; sino prescindir de todas, ó acomodarse á la del propio país como cumpliendo con vana ceremonia, y sólo para no desagradar á aquellos con quienes se vive. ¡La religión reducida á una mera formalidad de buena crianza! es á cuanto puede llegar el extravío de la razón.

Los pueblos, más cuerdos que esa clase de degenerados filósofos, han mirado las cosas de otra manera: siempre y en todos los países del orbe ha sido considerada la religión como el negocio de la más alta importancia; y así lo han manifestado no sólo cuando han seguido el camino de la verdad, sino también cuando se han perdido por los senderos del error. Las aberraciones de la superstición, los excesos y los crímenes del fanatismo reconocen este origen. El sentimiento religioso extraviado, exaltando peligrosamente la imaginación del hombre, le ha conducido repetidas veces á las mayores atrocidades, ora vertiendo inhumanamente la sangre en los campos de batalla, ora sacrificando sin piedad á sus hermanos en horribles venganzas, ora inmolando sobre los altares de los dioses al hombre mismo. Se ha dicho que no hay guerras más terribles que las de religión; y es cierto que se distinguen de todas las demás por la impetuosidad con que se emprenden, la tenacidad con que se continúan, y lo horrible de las escenas que en ellas se presencian. ¿Sabéis cuál es la causa? Es que en mediando los intereses religiosos siéntese el hombre impulsado por lo más fuerte y vivo que obrar puede sobre el corazón: la fortuna, la vida de sus semejantes y hasta la propia, son nada á sus ojos, desde que se trata de lo más grande y augusto que haya en la tierra y en el cielo. Los intereses terrenos son cosa despreciable en comparación de los celestiales, la materia desaparece en presencia del espíritu, la criatura delante

del Criador, lo finito delante de lo infinito, el tiempo en vista de la eternidad. ¿Qué importan todas las declamaciones contra un hecho indudable, universal, indestructible? ¿De qué sirve el desahogarse en violentas invectivas contra las preocupaciones, contra la ceguera, contra la superstición y el fanatismo? ¿Qué significa un cargo que se dirige contra la humanidad entera? Significa que se desconoce la verdad, porque la verdad se desconoce cuando se protesta inútilmente contra la naturaleza de las cosas; la verdad se desconoce cuando se lucha con palabras contra hechos, cuando se quiere remediar con huecas peroratas lo que nace del íntimo de nuestro corazón. Incúlquese en hora buena al humano linaje la fraternidad universal, predíquese á los hombres la necesidad de recíproca indulgencia, insístase sobre la conveniencia de sustituir la convicción y persuasión á las violencias, evitando de este modo la efusión de sangre, y los sufrimientos inseparables del empleo de la fuerza; pero reconózcase el origen de donde dimana el mismo exceso, no se olvide que la religión es una necesidad para el hombre, procúrese satisfacerla proporcionándole la verdad y la virtud, para que en sus extravíos y frenesí no intente satisfacerla él propio con el error y el crimen.

Nuestros adversarios distinguirán sin duda dos estados muy diferentes: el de la infancia de las sociedades y el de su edad viril, de atraso y de civilización; refiriendo al primero la importancia de las cuestiones religiosas, y señalando como propia del segundo la indiferencia por las mismas. «Ved esa Europa, nos dirán, ved esa Europa, donde por espacio de largos siglos se ha vertido á torrentes la sangre en guerras religiosas, vedla en la actualidad sosegada y tranquila, sin curarse de lo que pasa ó pasar pueda allá en el otro mundo, y sólo atenta á proporcionarse bienestar en el presente, con el aumento de la riqueza material y con el progreso de aquellas artes que sirven á la comodidad y á los placeres. El sucesivo desarrollo de la civilización y cultura ha arrumbado todo lo

perteneciente á la religión, como el hombre en la edad viril olvida los juegos de la infancia y los arrebatos de la mocedad.» No negaremos que en Europa ha cundido el indiferentismo de una manera lastimosa; y cuando repetidas veces nos hemos lamentado de este hecho desconsolador, no procuraremos atenuarle ahora, sólo porque nos sale al paso como una dificultad con lo que estamos probando. Observaremos no obstante, que hay una notable exageración en lo que se afirma de la poca importancia que disfrutaban en Europa las cuestiones religiosas, y que se equivocan las dimensiones del hecho porque se le contempla bajo un punto de vista enteramente falso. Cuando se trata de apreciar debidamente esta clase de hechos que se refieren al entendimiento y voluntad del hombre, es necesario no perder de vista el espíritu de la época, pues según éste sea, la expresión de aquéllos será muy diferente; y por tanto se incurrirá en gravísimas equivocaciones, ateniéndose á señales que si en un tiempo dado pudieran ser infalibles, en otro nada significan. Es cierto que quien estime la importancia de la religión en nuestro siglo por las guerras que ó por motivo ó bajo pretexto de ella se suscitan, encontrará que la religión casi ha desaparecido de entre las naciones europeas; pero si se advierte que la Europa en todos los negocios, por más graves que sean, va apartándose cada día más del empleo de los medios violentos, si se observa que la discusión de la prensa ha sustituido á las vías de hecho, y las negociaciones diplomáticas á las guerras de nación á nación, se echará de ver desde luego, que la sangre derramada por motivos ó pretextos religiosos, es malísimo barómetro para apreciar cual conviene la importancia que disfrutaba la religión; y que si á él debiéramos atenernos, sería menester inferir que ni la industria, ni el comercio, ni el honor de las naciones, ni la libertad de los pueblos, tienen tampoco importancia en Europa, pues que nada de cuanto á estos objetos se refiere vemos que se resuelva por medio de las armas.

En la actualidad para apreciar debidamente la importancia de un objeto á los ojos de la opinión pública, es necesario atender al lugar que se le concede en las discusiones de la prensa. Prescindiendo de circunstancias excepcionales en que los intereses de un partido, de una facción, de un reducido número de personas, dan á ciertas cuestiones una importancia facticia que en sí mismas están lejos de merecer, es la prensa un barómetro bastante seguro para formarse idea aproximada del lugar que en el mundo ocupa un objeto cualquiera; especialmente si tratamos de obras serias en cuya composición y publicación influyen, menos que en las demás, las causas y circunstancias de momento. Así la extensión que en las publicaciones de varios géneros logre este ó aquel objeto, será, por decirlo así, la medida de la atención que el público le dispensa. Si ateniéndonos á esta regla tan sencilla como fundada en la misma naturaleza de las cosas, y en el espíritu del presente siglo, nos proponemos juzgar del ascendiente que sobre los ánimos ejercen las ideas religiosas, hallaremos que el indiferentismo por grande que sea, no lo es tanto sin embargo, como algunos indiferentes intentarían hacernos creer. Son innumerables las obras que se dan á luz sobre materias religiosas; y si incluimos en este catálogo las publicaciones periódicas, será difícil que se nos señale otro asunto social, político, administrativo, industrial, científico ni literario, que ocupe por sí solo igual número de páginas al que está reservado á los asuntos religiosos.

Y es necesario advertir, que esta consideración adquiere mayor peso si se observa, que en el catálogo de las obras que prueban la importancia que todavía disfruta la religión, deben contarse no sólo las apotogías sino también las impugnaciones. Esto que á primera vista parecería quizás una paradoja, es sin embargo una verdad incontestable. Cuanto más vivos son los ataques que contra un objeto se dirigen, es más evidente que éste llama mucho la atención, que se le supone vigor y fuerza, y que se

conoce más la necesidad de abatirle y destruirle. Lo que es débil no vale la pena de ser atacado, sólo le corresponde el desprecio; lo que tiene en sí escasa entidad, no se le dispensan los honores de una impugnación detenida y trabajosa; porque los espíritus hallan otras materias en que explayarse con más provecho y gloria, y á que pueden dedicarse con la seguridad ó la esperanza de interesar á un crecido número de lectores. Nada de esto sucede con respecto á la religión: no sólo disputan entre sí los que la profesan diferente, sino que los que no creen en ninguna, se ocupan aun con notable ahinco en combatir los cimientos de todas, y particularmente de la cristiana. En Alemania y en Francia se presenta á la vista este doloroso fenómeno; si bien es verdad que la escuela de Voltaire propiamente dicha ha caído en gran descrédito, no faltan hombres que continúan á su manera la obra de impiedad, con métodos quizás menos repugnantes, pero por lo mismo tal vez más peligrosos.

Queda pues asentado que las guerras religiosas subsisten todavía en nuestro siglo, bien que con el carácter que les imprime el sello de la época; antes se peleaba, ahora se discute.

Hasta los mismos gobiernos en la apariencia tan tocados del indiferentismo, no viven tan olvidados de esta clase de negocios como algunos podrían creer. Échese una ojeada por toda la Europa, y se verá con toda evidencia la exactitud de esta observación. En Inglaterra, nadie ignora el lugar preferente que ocupan los asuntos religiosos, aun cuando no sea por otra causa que por la relación que los une con las grandes cuestiones pendientes entre el gobierno de la Gran Bretaña y la desgraciada Irlanda. Pero no se crea que este sea el único motivo que en Inglaterra da á las cuestiones religiosas elevada importancia; el gobierno piensa en ellas porque el pueblo no las ha olvidado; porque la nación inglesa adolece más bien de una anarquía de creencias, necesario efecto del protestantismo, que de una verdadera incredulidad.

En Francia, la famosa cuestión sobre la libertad de la enseñanza, por más que en la superficie pudiera parecer meramente científica y administrativa, es en el fondo religiosa; lo que allí se disputa no es precisamente la mayor ó menor extensión de las prerrogativas del gobierno y de los cuerpos científicos que de él dependen; lo que se agita es, si el clero ha de apoderarse ó no de la principal parte de la enseñanza, si se han de multiplicar ó no en crecido número los establecimientos donde predominen las creencias religiosas; es decir, que la contienda está trabada entre los discípulos de Voltaire más ó menos disfrazados que se empeñan en conservar sus usurpaciones, y los verdaderos católicos que han acometido la generosa empresa de arrebatárselas, sacudiendo una esclavitud que en este punto se les fuerza á sufrir bajo el mentido nombre de libertad.

Son recientes los ruidosos negocios que manifiestan la importancia que á la religión conceden los gobiernos de Alemania. Dejando aparte los católicos como y también los protestantes de escaso poder, nadie ha debido de olvidar el asunto del arzobispo de Colonia. El sistema de conducta del gobierno prusiano con respecto á los católicos es la mejor prueba de que se temen los progresos de esta religión, y que no se alarman menos fácilmente los ministros reformados de Berlín que los miembros de las iglesias establecidas de Londres y de Edimburgo.

Por lo tocante al gobierno ruso, bien sabido es que es tanto el empeño con que prosigue su obra impía de descatolizar á los súbditos del grande imperio, apartándolos de la obediencia del Sumo Pontífice y privándolos en cuanto le es posible de toda comunicación con la cátedra de San Pedro, que hasta ha llegado al extremo de arrojarse á medios muy impropios del espíritu del siglo, desplegando un lujo y refinamiento de persecución religiosa que recuerda aquellos desgraciados tiempos en que el Señor se propusiera purificar su Iglesia como el oro en el crisol.

Inferiremos de esto, que el indiferentismo por grande

que sea y por más extendido que se halle, no ha logrado sin embargo que se olvide la religión, y que la tienen todavía muy presente los ignorantes y los sabios, los pueblos y los gobiernos. Nos interesa demasiado de cerca para que nos sea dable desterrarla de nuestra memoria; afecta sobre nuestro estado presente y sobre todo nuestro porvenir, para que alcancen su perverso intento los que se empeñan en extirparla del corazón del individuo, y en borrarla de las instituciones de la sociedad. En vano se despierta y aviva el egoísmo; ese egoísmo piensa también á menudo en lo que será mañana de ese ídolo que adora, de ese *yo* á quien todo lo sacrifica; ese egoísmo conoce también la insensatez de estrellarse contra hechos indestructibles, de arriesgarse á ciegas á un azar que una vez resuelto no será posible volver atrás. En vano se habla de valor, y se achaca á pusilanimidad el temor de lo que después de la muerte pudiera acontecernos; no hay valor cuando no hay adversario que vencer, sino una calamidad eterna que sufrir; no hay valor, cuando la presencia y serenidad de espíritu se emplean locamente contra un Dios todopoderoso, cuya voz fecunda la nada, y hace estremecer las columnas del firmamento. El valor, la fortaleza, el desprendimiento, la abnegación de sí mismo, son voces sin sentido cuando carecen de objeto, de esperanza, cuando no reciben impulso ni sostén de ninguno de los resortes que dan movimiento al corazón del hombre. ¡Eternidad!... ¡qué idea más espantosa! ¡Eternidad desgraciada! y sin gloria, sin fruto, sin esperanza! ¡Cómo queréis que el hombre no palidezca con su solo recuerdo! ¡cómo queréis que aparte de ella sus ojos azorados, que duerma tranquilo sobre el borde de un abismo, á cuyo fondo va en breve á rodar! Apagad la luz de su razón, privadle de su amor propio, sufocad hasta sus pasiones é instintos, es decir, destruid su naturaleza; entonces y sólo entonces le será posible conformarse con vuestra insensata indiferencia.—*J. B.*